

textos no con ira o desdén, sino con análisis alternativos y con su propia crítica cuidadosa” (xiii). Aunque el lector debe saber que aquí escuchará una sola versión del debate, se trata de una interpretación sólidamente argumentada, con la que el texto asegura su trascendencia en esta batalla cuya revitalización espera provocar.

Los coeditores destacan que sólo “alcanzando un entendimiento claro de los fundamentos ideológicos que subyacen el razonamiento lingüístico de autores como Unamuno, Pidal y Ortega, podremos comprender las ideologías lingüísticas contemporáneas y los conflictos lingüísticos en Latinoamérica y España” (195). Este libro contribuye a la búsqueda de ese entendimiento, a la vez que evidencia el valor de la historiografía lingüística en los estudios culturales actuales. Su análisis contestatario ayuda a subsanar en algún grado la amplia ventaja de que ha gozado históricamente la ficción de la homogeneidad panhispánica. Por ser una publicación en inglés, la mayoría de los hablantes a quienes el texto interpelaría han debido esperar a que se publique una traducción para beneficiarse de su aporte. Esto apunta a otra jerarquización implícita: la del inglés versus el español como idiomas académicos, disciplinarios y mercadeables. Pero ésa es otra batalla.

Universidad de Puerto Rico

GLORIA D. PROSPER-SÁNCHEZ

JULIO SCHVARTZMAN, director. *La lucha de los lenguajes*. Volumen 2 de la *Historia Crítica de la Literatura Argentina*. Buenos Aires: Emecé, 2003.

*La lucha de los lenguajes*, segundo de los tomos de la *Historia Crítica de la Literatura Argentina* dirigida por Noé Jitrik, se centra en el estudio de la cultura rioplatense en el lapso que media entre el Salón Literario de 1837 y la generación del Ochenta. La producción literaria es abordada en su especificidad, sin perder de vista el horizonte sociopolítico con el que se entrama, ni los fenómenos que llevan a la institucionalización paulatina de este discurso, considerado sustancial en la consolidación del modelo de nación imaginado en el siglo XIX. En este sentido, la escritura es concebida como un *cuerpo* que, obrando como “metonimia” del cuerpo social, expresa sus conflictos. El carácter polémico aparece como un rasgo constitutivo de la sociedad y del idioma de los argentinos, en un periodo que los estudios que componen este volumen revelan decisivo por las tensiones que lo atraviesan; entre ellas, la desestabilización de la dicotomía cultura alta/baja, exacerbada en el tramo final del antiguo régimen, la emergencia de manifestaciones alternativas, la experimentación de registros de lengua variados, los soportes novedosos, la conformación de lectorados y de roles que alcanzan espesor en estas décadas: el escritor, el periodista, el jurista.

La elaboración de una historia *crítica* supone, no sólo la revisión de la tradición crítica mediante una lectura que exhibe las huellas del presente, sino también la asunción de una perspectiva no sujeta a periodizaciones estatuidas; en este caso, las tendencias genéricas y los movimientos son concebidos como instancias que canalizan, a su modo, cuestiones liminares como la construcción de un *territorio* todavía cautivado entre el

“desierto” y la “ciudad”, la elección de una *tradición* que debe partir de los escombros dejados por la ruptura del orden colonial en un escenario convulsionado, la proyección de una *nación* y la presencia de nuevos actores sociales. La trama temporal se construye en este relato según el curso que diseñan los propios textos. Señala el director en la *Introducción*: “Una historia crítica de la literatura interroga las secuencias, la cronología, los linajes, las genealogías. Sospecha de las naturalizaciones y de las tablas que proponen equivalencias unívocas y sucesiones lineales de movimientos y generaciones”.

Los veintitrés artículos de este volumen se ordenan en siete secciones. “*Voces, guerras y escenarios*” trata la serie de la gauchesca; Nicolás Lucero recorre los avatares de un género que, cercano a los tipos textuales bélicos (proclamas, bandos), se caracterizó por su carácter coyuntural, sometido más adelante a las luchas de partido. Esa inmediatez condujo a su pronto ingreso en el formato de la gaceta y en los paratextos del periódico, posibilitando la creación de un público lector. Pablo Ansolabehere se ocupa de la producción de Ascasubi, puntuando aspectos de la poética gauchesca y de cómo la ficción de oralidad canaliza una distribución del “mal” según sea quién hable: el mazorquero, el gaucho “porteño”, el gaucho “letrado”; con el *Santos Vega*, la figura del narrador popular se aproxima a la del folletínista en el manejo de lo episódico, por lo que este texto vendría a ser un precursor de los “dramas rurales” de Gutiérrez. El *Fausto*, por su parte, según el estudio de Claudia Román, aporta un ingrediente novedoso: la traducción del modelo europeo, la apropiación de una tradición prestigiosa y el ensayo de una lengua propia para la literatura argentina, enmarcando la discusión respecto de la modernización del país; en este sentido, el relato de Anastasio el Pollo no sería sólo el de un viaje a la ciudad, sino el viaje a una estética característica de lo urbano. En “*Emergencias*”, Sandra Gasparini se ocupa de *Amalia*, novela concebida por Mármol como parte de un proyecto político y periodístico. Publicado por entregas en 1851 en el periódico montevideano *La Semana*, el texto superpone, a la narración de sucesos centrados en 1840, el presente de la escritura, por lo que su conclusión es forzada por el resultado de la batalla de Caseros. Caracterizado como un “texto urgente”, emblemata la ausencia de autonomía de las esferas política y literaria en ese momento. El artículo de Leónidas Lamborghini aborda la gauchesca como arte bufo; señala que, en la canonización del *Martín Fierro* como parodia de la Epopeya, subyace un cierto equívoco, consistente en entronizar al bufón como Arquetipo de nuestra raza. La lírica es estudiada por Jorge Monteleone desde la perspectiva de la construcción de un sujeto imaginario romántico, que se va delineando por su percepción del espacio (el desierto y sus simbolizaciones, el exilio, la esfera pública burguesa posteriormente). Este sujeto, a partir del regreso de Echeverría (1830) y la publicación de *Los consuelos*, se debate en la tensión entre lo público y lo privado de la sociedad criolla, hasta alcanzar su hipertrofia mediante la instauración de un registro mesiánico abarcativo, con Rafael Obligado y sus *Poesías* (1885). El estudio de Adriana Amante sobre la labor de Juan María Gutiérrez como crítico trata los avatares por los que atraviesa la formación del discurso historiográfico en el siglo XIX, así como los componentes con los que fuera pensado: la selección de rasgos singularizadores de “lo nacional” (cuya imaginada “pureza” se constituiría en clave diferenciadora del americanismo iniciado con Viscardo y Guzmán, Simón Rodríguez y otros), los vínculos entre lo cultural y lo político, la creación de una

galería de “autores” según el biografismo propio de la hora, la apuesta a favor de una lengua nacional, el valor simbólico de la edición de textos como “El matadero”, en 1871.

La sección “*Una pena extraordinaria*” está dedicada al *Martín Fierro*. Un estudio de Elida Lois analiza la génesis externa del poema y el modo en que la matriz retórica de la poesía oral posibilitó su circulación en ámbitos culturales diferentes; la descripción de los procesos de relectura y reescritura de los manuscritos da cuenta de la tensión presente en el poema entre la cooptación de la voz (y la representación) del gaucho y la afirmación del rol del autor, así como de la inscripción, entre la “Ida” y la “Vuelta”, de una pedagogía de la integración social del grupo. El estudio de Julio Schwartzman sobre “Las letras del *Martín Fierro*” señala los aspectos constitutivos de la gauchesca como género y como lengua literaria, desde las composiciones de Maciel hasta *El Fausto*; sobre esa tradición se despliegan los alcances que, en materia de ficcionalidad, adquiere el poema de Hernández; las variantes producidas revelan acabadamente que la gauchesca no es un género homogéneo, sino un espacio polémico de extrema complejidad. Raúl Dorra se aboca al estudio de las lecturas que suscitó el poema: delimita una línea “mimética”, que construye la *imagen de un habla*, y una “crítica”; ésta última refiere a las posiciones de los intelectuales respecto del *lugar* que ocupa el poema en el contexto de lo nacional. Los artículos de esta sección convocan, desde perspectivas de análisis puntuales, nuevas significaciones del *Martín Fierro* y de su impronta en la cultura argentina.

“*Textos e instituciones*” trabaja las relaciones entre la práctica literaria y otros discursos de la época; Adriana Rodríguez Pérsico muestra la incidencia de la autobiografía de Alberdi en la modelización del “hombre de ley” y su relación con la nación imaginada. El análisis deslinda cinco tipos de discurso a los que acude el tucumano: el polémico, dirigido hacia el enemigo federal (Rosas) o liberal (Sarmiento), el jurídico, que canaliza los programas de construcción nacional, el utópico de registro profético para enfrentar el futuro, el satírico, para desnudar los males sociales, y el literario, que estaría reservado al relato del *fracaso* de los proyectos. Jorge Myers propone un recorrido por la historia de las ideas, desde el Salón Literario hasta la organización nacional, haciendo hincapié en los factores que coadyuvaron a la emergencia de un campo cultural en el programa romántico (público, mercado editorial, instituciones), y en la función que se atribuye a la literatura como relectura del pasado y proyección de lo nacional. Juan Carlos Balerdi se centra en el Código Civil; leído como una “novela jurídica”, la obra de Vélez Sarsfield se presenta como un relato armónico, donde prima la regulación de la vida de los individuos como protagonistas de su destino. El análisis del discurso jurídico muestra cómo éste pauta los aspectos que ya se hallaban en transformación en el siglo XIX y expone nuevos nudos conflictivos, como la relación entre la Iglesia y un estado nacional laicista. Jens Andermann aborda la representación de la “frontera”, invirtiendo su concepción tradicional de “margen”; desde esta perspectiva, considera que los textos a ella dedicados no se definen por su mayor o menor relación mimética con el proceso histórico de ocupación del desierto, sino que constituyen el *proceso mismo* de expansión territorial en sus tecnologías: cartografía, fotografía, museos. Sobre esta premisa se despliega la lectura de Hernández, Mansilla, Zeballos, y de los intelectuales que en el siglo XX reinstalan la cuestión de la frontera en el imaginario nacional: Martínez Estrada, Viñas. Completando esta sección,

dedicada a la construcción de los discursos “fuertes”, reguladores de la nación, Roberto Madero analiza el debate suscitado entre Mitre y Vicente F. López respecto del modo de escribir la historia, así como las estrategias editoriales utilizadas en la pugna por instalar una nueva comunidad interpretativa y otra clase de sociabilidad, diferenciada de la tribuna doctrinaria que representó el diario en las primeras décadas del XIX.

“*Modernidades*” trata de las relaciones entre literatura y política después de Caseros, así como de la instauración y paulatina consolidación de una *cultura del libro*. Alejandra Laera revisa el tránsito del folletín -modalidad hegemónica durante la primera mitad del siglo- a la novela, la crisis respecto de la concepción de la poesía, el deslinde entre poesía culta y popular, y el surgimiento de temáticas urbanas. Dos artículos de Claudia Román abordan las transformaciones del periodismo entre 1830 y 1880 y, en relación con este medio, la incidencia de los linajes (los Gutiérrez, los Varela, los Mitre) en las representaciones del “intelectual” y del “periodista”. En “*Correspondencias*”, Adriana Amante dedica un estudio al género epistolar y la política durante el rosismo, desde el espacio escriturario de la ausencia que constituye la carta y ese “no-lugar” de la situación del exilio. Claudia Torre realiza un recorrido amplio por la literatura producida por viajeros, generalmente al servicio del expansionismo europeo. La sección “*Figuras*” incluye un artículo de Cristina Iglesia acerca del modo en que Lucio V. Mansilla construyó imágenes de sí mismo en la escritura y cómo ellas generan una “movilidad” que singulariza *Una excursión a los indios ranqueles*. Se observa que, a diferencia de la *aseveración* que caracteriza al relato antropológico, y que incide en la conformación del estereotipo del “otro”, en *Ranqueles* se produce una fisura, al instalarse como central el modo de la conjetura; ella desencadena una operación inherente al pasaje de la literatura documental a la ficcional, que a la vez modifica la representación de la “barbarie” en su versión sarmientina y hace emerger las preguntas acerca de quién narra, de quiénes son “los otros”. Las *Memorias* del General Paz son tratadas por Martín Kohan desde una modalidad diferente del exilio: el cautiverio, la experiencia del prisionero. Este estudio propone que el texto presenta, más que una típica autojustificación del accionar pasado, revisitado desde un nuevo exilio, una *lucha de versiones respecto del pasado*. Por su parte, Graciela Batticuore trabaja la obra de Juana Manuela Gorriti, considerada como una figura representativa del mundo del trabajo literario femenino en el siglo XIX. En rigor, se trata de otra “peregrina”, producto de exilios y autoexilios: el de la generación de los padres patriotas, el de los hijos e hijas, extrañados del solar, pero ensayando modos de vida y de trabajo característicos de las urbes en vías de modernización. La escritura de Gorriti fluctúa entre la elección del *sueño* como reparo anterior al desarraigo de lo natal, y una *realidad* presente arrasada por la desdicha, pero igualmente fascinada por los tiempos modernos; en ese vaivén, más allá de la fagocitación genérica y de las caídas en el inverosímil, se está produciendo otra incisión en el relato que construye este volumen: una literatura residual inicia una de las vías de profesionalización del escritor. El “*Epílogo*”, a cargo del director general de la colección, Noé Jitrik, reúne los hilos de la trama del proyecto general, destacando la productividad de un trabajo colectivo que otorga otras luces a esa “suerte de cielo indispensable” que suele llamarse canon. Este segundo volumen de la *Historia crítica de la literatura argentina* es resultado de un plan riguroso, advertible en las secciones que lo componen, en la calidad sostenida de los artículos y en

un manejo de la lengua que no cae en la trampa del tecnicismo, pero cuyo rigor teórico y metodológico se plasma en la lúcida mirada de los colaboradores. Ellos nos han dado uno de esos momentos de felicidad en que la lectura crítica se convierte en acicate para indagar en un período tan turbulento como rico, caracterizado con exactitud como el de *la lucha de los lenguajes*.

Universidad Nacional de Salta

ELENA ALTUNA

ABRIL TRIGO. *Memorias migrantes. Testimonios y ensayos sobre la diáspora uruguaya*. Rosario/Montevideo: Beatriz Viterbo Editora/Ediciones Trilce, 2003.

El olvido nos devuelve al presente, aunque se conjugue en todos los tiempos. En futuro, para vivir el inicio; en presente, para vivir el instante; en pasado, para vivir el retorno; en todos los casos, para no repetirlo. Es necesario olvidar para estar presente, olvidar para no morir, olvidar para permanecer siempre fieles

Marc Augé, *Las formas del olvido*

La relación con el tiempo es siempre plural: hay que ser como mínimo dos para olvidar, para gestionar ese tiempo que necesita del olvido para construir una memoria común. La memoria es un relato que confiere sustancia al presente al dotar al pasado de un sentido que proyecta el futuro. Así, las incertidumbres del porvenir encuentran sus certezas cuando el recuerdo adquiere nitidez, y en esa nitidez marca el presente sus límites y define su forma. Porque el recuerdo revela una estrategia: desde las inquietudes del presente significa y valora los contornos del pasado y vuelve más visibles –o menos– las siluetas.

Hoy más que nunca sabemos que la memoria manipula los materiales con que construye los acontecimientos, modela su forma, dispone su textura narrativa. De esta suerte lo que elige recordar, la manera en que trama los recuerdos, nos informa de un orden de valores que organiza el relieve tenaz de los relatos y nos cuenta, anudada al registro de los hechos, otra historia. Sin embargo, las diferentes narraciones, al esparcir sus preguntas o sus certezas, provocan tanto rechazo como adhesión.

Es por ello que en los comienzos de las biografías compartidas, allí donde se inscribe el nacimiento de una sociedad de individuos que se reconoce en una historia común, se diseñan los pactos que enriquecen, más tarde, el intercambio cotidiano o bien crispan los gestos a la hora del “encuentro” con lo familiar. Y algunas veces irrumpe inesperada o voluntariamente en los hogares más *honestos* una olvidada mancha de origen que renueva una vieja discusión.

En este marco, la memoria del pasado reciente nos interpela aún con recuerdos encontrados. Hablamos de memorias en plural. ¿El recuerdo no encuentra aún su imagen consensuada, las formas del olvido, las formas de la memoria que nos arranquen del